

—¿Y habeis podido creer, contestó el duque, que mi padre y yo haríamos caso alguno de tales patrañas?

El coronel quedó desconcertado por el pronto; pero despues entregó al duque de Chartres una sencilla carta de afecto, que éste remitió á su padre, y que el duque de Orleans depositó cerrada sobre la mesa del presidente de la asamblea.

Esta decidió que se quemase sin ser leída.

Un hecho acontecido durante el combate dará una idea del entusiasmo de los valientes voluntarios que marcharon á la frontera para oponer á tiempo una barrera á los invasores.

Se habia encargado á un destacamento que estaba á las órdenes del duque de Chartres el cuidar los equipajes mientras durase el combate; pero al estallido de los cañones, los bravos que componian aquel declararon que no querian cuidar equipajes sino combatir. El jóven general sabe esta sublime insubordinacion y se dirige á galope á donde están sus soldados. Al verlo, los gritos se aumentan y el mas antiguo sale de las filas y

—General,—le dice,—hablo á nombre de mis camaradas y mio: hemos venido á batirnos en defensa de la patria, y no á cuidar equipajes: queremos entrar en la lucha.

—Pues bien, amigo mio, respondió el duque de Chartres, sea como deseais: los equipajes se guardarán solos por hoy: id á batiros y mostrad á todos vuestros compañeros que tambien sois soldados franceses.

El destacamento entró en batalla y se portó admirablemente.

En cuanto á los equipajes, como lo habia dicho el duque de Chartres, se cuidaron ellos solos.

Al dia siguiente de la batalla recibió la convencion el parte de Kellermann y se le dió lectura en alta voz.

“Entre los que han desplegado mayor valor—decia—debo mencionar especialmente al duque de Chartres y á su

ayudante M. de Montpensier: ambos jóvenes han mostrado una admirable sangre fria en medio de uno de los fuegos mas vivos que pueden darse.”

Resonaron estrepitosos aplausos, y todas las miradas se dirigieron al duque de Orleans.

¿Quién hubiese creído entonces que un año mas tarde la cabeza del duque de Orleans caeria en un cadalso, que el duque de Montpensier estaria prisionero en la torre de San Juan de Marsella, y que el duque de Chartres se pasaria al enemigo?

CAPÍTULO XII.

YA hemos dicho que los prusianos habian abandonado el campo de batalla; pero que al dia siguiente se les volvió á encontrar en los mismos puestos que ocupaban antes.

En ellos se estuvieron fuertes, no solo uno, sino diez dias. En el combate no habia habido tanta carnicería como debia esperarse de 40,000 cañonazos. Los prusianos solo habian perdido 1,200 hombres, y nosotros nada mas que 800.

Paris, sin embargo, creyó que esta batalla era decisiva. Paris, que habia manifestado tan pánico terror hácia fines de Agosto, tanta postracion despues del 2 y 3 de Setiembre, se levantaba ahora orgulloso y valiente, con la noticia del triunfo. Los parisienses creian que Dumouriez les traicionaba,

porque aun no habia enviado al rey de Prusia á Paris atado de piés y manos.

Lo que en realidad habia era que la situacion de los prusianos no era materialmente ni mejor ni peor que antes. Habian perdido alguna confianza, y nosotros la habiamos adquirido: esto era todo. Los duques de Broglie y de Castries, emigrados ambos y ambos consejeros del rey de Prusia, instaban vivamente á Federico Guillermo á seguir adelante. Habian recibido algunos víveres de Alemania. Su juego empezaba mal, es verdad; pero apenas habia perdido la primera partida.

¿Qué es lo que impedia al rey de Prusia seguir avanzando? Digámoslo de una vez, que despues diremos tambien por qué fué retirándose tan poco á poco.

En toda máquina descompuesta, por grande que sea, casi siempre se observa que la causa de que no funcione bien es una causa pequeña, mínima, imperceptible á veces. Al rey de Prusia lo que le impedia adoptar los consejos de Broglie y de Castries, era tambien una causa tan pequeña, un obstáculo tan imperceptible, que no lograban distinguirle las vulgares miradas.

El rey de Prusia tenia una querida, á pesar de no seguir en eso las huellas del gran Federico.—La tal querida no se habia atrevido á seguir al ejército á Francia, ó quizás no habia obtenido permiso para ello de su real amante: el caso es, que se habia detenido en Spa, y que desde allí escribia todos los dias tristísimas cartas al rey de Prusia, en que manifestaba serios temores de que las balas de los franceses conmoviesen su cuerpo, ó que los ojos de las francesas hiriesen su corazon.

Ademas habia dos partidos en la corte: el partido de la paz y el partido de la guerra.

Vencido el rey de Prusia en Valmy, el partido de la paz quedó triunfante. Mil veces habia dicho este á S. M., que no

solo trabajaba por sí sino tambien á favor del Austria, que le impelia adelante, y que tan mal le ayudaba despues.

—Teneis razon, respondió el rey; si no se tratase de una cuestion que interesa á todos los reyes de la tierra, yo dejaria al Austria que se compusiera como pudiese; pero Luis XVI está en el Temple, Luis XVI está prisionero, y la vida de Luis XVI corre peligro. Seria una vergüenza abandonar ahora á Luis XVI.

Cuando en política se está detenido nada mas que por la vergüenza, no se está muy lejos de ceder.

La Francia tenia á favor suyo, como se ve, á la querida del rey de Prusia, la condesa de Lichtneau; y ademas á dos franceses que se habian hecho prusianos, y estaban al lado del rey de Prusia; pero que no dejaban por eso de servir á los intereses de su madre patria. Estos eran el francés Lombard, secretario del rey de Prusia, y al franco-aleman Heymann, general que acababa de emigrar.

Lombard, viendo la indecision del rey de Prusia, le propuso que se dejaria prender por los franceses para poder llegar hasta Dumouriez, y entrar en arreglos con él sin que se sospechase nada. El rey consintió, y Lombard, fiel á su promesa, se dejó prender y conducir ante el general en jefe.

Lombard manifestó entonces á Dumouriez el único motivo que tenia el rey de Prusia para continuar su marcha agresiva, y era la palabra que habia empeñado á Luis XVI; palabra que, por nada en el mundo, podia dejar de cumplir.

Dumouriez indicó entonces á Lombard, que al continuar su marcha el rey de Prusia, trabajaba no en favor sino en contra del prisionero del Temple. No contento con esta indicacion, Dumouriez comisionó á Westermann, al hombre de Danton, para que fuese al campo enemigo, con pretexto de canjear prisioneros, á tratar con el general Heymann.

La luz de la verdad iluminó el campamento prusiano. Westermann era uno de los soldados mas activos de la jor-

nada del 10 de Agosto. Esplicó al rey de Prusia y al duque de Brunswick la verdadera situacion de la Francia: les manifestó que la asamblea no queria mas reyes, ni franceses ni extranjeros, y que acababa de abolir el trono y de proclamar la República.

La cólera del rey de Prusia estalló con esta noticia. Con gran placer de los emigrados, dió orden de volver á comenzar las hostilidades el 29 de Setiembre. El 28, Brunswick publicó un manifiesto furioso; pero ya se sabe lo que eran los manifiestos de Brunswick. El 29 llegaron cartas de Inglaterra y Holanda, en que manifestaban aquellas dos potencias, que rehusaban entrar en la confederacion ó liga. El 30 se supo que Custine marchaba sobre el Rhin. La frontera de Prusia quedaba sin guarnicion alguna, y no dejaban de inspirar temores Coblentz y su fortaleza. Custine en Coblentz cortaba toda retirada á Federico-Guillermo.

Mientras pasaba todo esto, Dumouriez enviaba á Westermann á tratar con Danton, que era hombre de viva inteligencia; comprendió todas las ventajas que le resultarian á la recién nacida República de entrar en arreglos con la Prusia, aun cuando fuesen solo respecto á una retirada que debia salvar á ésta. Además, comprendió que de estos arreglos, quizás sacase un millon para sí, y otro para Dumouriez, Westermann y Fabre d'Eglantine. Dumouriez y Danton eran hombres disipados, amantes de los placeres materiales, y querian mucho al dinero, no para atesorarlo, sino al contrario, para botarlo en orgías. Pesadas bien estas consideraciones, Danton dirigió á Dumouriez dos cartas: una del consejo de ministros, austera, inflexible, violenta, á propósito para ser mostrada; y otra, particular y secreta de él mismo.

Danton no rechazaba absolutamente la idea de un arreglo político-mercantil: al contrario, anunciaba á Dumouriez que el jacobino Prieur de la Marne y los girondinos Carra y Sillery marchaban á reunirse á él para tratar con S. M. Federico-Guillermo.

Las conferencias se entablaron, y el rey de Prusia, ya calmado, comprendió por fin que los emigrados le habian metido en un enredado laberinto, y toda su cólera recayó sobre ellos. Así es, que cuando se le preguntó qué pedia se les concediese á ellos en el tratado,

—Nada,—contestó,—yo trato solo por mí: que ellos se arreglen como puedan.

Faltaban aun los austriacos, estos buenos aliados, que sin moverse siquiera, habian lanzado al rey de Prusia hasta la batalla de Valmy.

Dumouriez habló algo sobre ellos al duque de Brunswick.

—Veamos, le dijo Dumouriez al duque inglés, ¿cómo se va á arreglar esto?

—De un modo muy sencillo,—contestó Brunswick: ya sabeis aquella cancion ¿eh?

Vámonos, los convidados,
Vámonos á nuestras casas.

Pues bien, nosotros nos iremos como los convidados de la boda.

—Conforme,—replicó Dumouriez;—pero los gastos de la boda ¿quién los paga?

—¡Caramba! contestó Brunswick arreglándose las uñas con la fina hoja de un cortaplumas;—eso no es de nuestra cuenta: nosotros no hemos atacado los primeros.

—No, ciertamente, han sido los austriacos, y á la verdad, el emperador debia cedernos los Países-Bajos por via de indemnizacion.

—Nosotros deseamos la paz, replicó Brunswick, y cuando se quiere llegar á un fin se admiten todos los medios: por lo mismo, aguardaremos á vuestros plenipotenciarios en Luxembourg.

Quedaba aún Luis XVI.

¡Ah! ya lo hemos dicho: esto era lo que le llegaba mas al alma al pobre Federico-Guillermo; pero, por fortuna suya,

Danton le habia preparado un modo honroso de salir de su apuro: se habia conseguido que poco á poco llegase á declarar Federico que abandonaba por fin al rey, pero que queria salvar al hombre.

Se le remitieron todos los acuerdos de la Comuna que podian hacerle creer que al rey se le trataba con las mayores consideraciones; y ademas Dumouriez le comprometió su palabra de honor ofreciéndole que salvaria la cabeza de Luis XVI. Esto le bastó, y el 29 de Setiembre empezó á efectuar su retirada el ejército prusiano; pero tan lentamente, que mas que retirada tenia visos de un paseo militar. Así llegó hasta la frontera; mas luego que la hubo traspasado, continuó su retirada á marchas dobles.

Dumouriez habia dado palabra de salvar al rey, y quiso cumplirla.

El 12 de Octubre llegó á Paris con pretexto de arreglar, en union del ministerio, la invasion de la Bélgica; pero con la idea de juzgar ocularmente la situacion. Apenas llegó, fuése á ver á madama Roland al ministerio del interior, en que habia entrado; regalóla un hermoso ramillete; la pidió perdon del negocio del *veto*, perdon que obtuvo fácilmente; se informó de lo que se pensaba de él en Paris, y supo por fin *que se le tenia por realista*.

En efecto, se sospechaba que Dumouriez trataba de representar el papel de Monk.

A todos se les ha atribuido en Francia deseos de representar tal papel: en 1792 el Monk francés se llamaba Dumouriez; en 1802, Napoleon Bonaparte; en 1831, Luis Felipe; en 1850, Changarnier.

La asamblea aguardaba el discurso de Dumouriez y su juramento á la nueva República.

Dumouriez pronunció el discurso; pero se evadió del juramento con mas tino y audacia de la que se esperaba.

—No quiero hacer nuevos juramentos,—dijo;—yo me mostraré digno de mandar á los hijos de la libertad, y de

sostener las leyes que el pueblo soberano va á darme por órgano vuestro.

En la noche fué á los Jacobinos, pero los Jacobinos eran hombres frios, cavilosos y difíciles. La lenta retirada del rey de Prusia les inquietaba mucho. Collot-d'Herbois subió á la tribuna, felicitó á Dumouriez por su victoria; pero le reprochó el haber despedido al rey de Prusia con *demasiada política*.

Danton, que era el presidente, y que ni mas ni menos que Dumouriez habia *despedido políticamente* al rey de Prusia, se encontraba en una situacion muy difícil: invitado por sus enemigos á subir á la tribuna.

—“Señores, dijo,—consolémonos con nuestros triunfos sobre el Austria, de no ver aquí al déspota de la Prusia.”

Paris necesitaba de calma en aquellos momentos, y por eso Danton, ese hombre rudo, de palabras injuriosas, pero nunca de odio, habia ido á los Jacobinos y habia presidido la sesion. Malquistado con la Gironda, habia querido Danton hacer la paz con ella por medio de Roland y de su esposa; y habia mandado preparar la galería del ministro del interior, Roland, para éste y Dumouriez. Mientras estos llegaban colocó en ella á su hermana y á su mujer; pero Danton no habia contado con la susceptibilidad de madama Roland: llegó ésta del brazo de Vergniaud, halló ocupados sus asientos *por dos mujeres de mala facha*, segun sus mismas espresiones, y rehusó el entrar.

Como se ve, pues, la señorita Manon-Juana-Filipon, esposa de Roland, se habia vuelto muy escrupulosa.

Aquellas dos mujeres, ya lo hemos dicho, eran la hermana y la mujer de Danton.

Danton adoraba á su mujer, hermosa criatura, de un corazon magnífico, que se bañó en la sangre de Setiembre, y que murió seis meses despues.

Fuéle muy sensible á Danton el desden de madama Roland.

Talma se encargó de arreglarlo todo: para lograrlo dió una fiesta á Dumouriez, en la que se encontraron todos los miembros de la Gironda y muchos de los primeros Jacobinos. Allí estaban Chenier, David, Collot-d'Herbois y Vergniaud representando á la Gironda, á la política y á las artes. Tambien estaban esas lindísimas mujeres que habia en los teatros de aquella época, y entre ellas la dulcísima y hermosa *Candelaria*, autora de la *Bella Arrendadora* y querida de Vergniaud.

¡Ay! si hubiese penetrado algun adivino en esa espléndida fiesta, en que los partidos olvidaban sus odios y rencores, para festejar unidos al vencedor de Valmy, y hubiese predicho á unos que subirian al cadalso, á otros que llegarían á ser traidores, y á muchos que serian desterrados, ¡qué profunda tristeza hubiese velado aquellos semblantes alegres!

No penetró un adivino, no; pero sí Marat, que apareció de repente en medio de la fiesta, mas pálido, mas puerco, mas horroroso que nunca, destilando de sus miradas y de sus lábios amarga hiel y fieras amenazas. Marat habia llegado á saber que Dumouriez habia lanzado de sus filas á algunos voluntarios setembristas; y venia á pedirle cuenta á nombre de los Jacobinos, de tan aristocrática susceptibilidad. Se dirigió rectamente hácia el general para hacerle sufrir un interrogatorio. Dumouriez le aguardó, siendo quizás el único que no palideció al ver recorrer á Marat los diez pasos que le separaban de él.

Frente á frente general y tribuno, hombre de espada y hombre de pluma, el soldado comenzó el ataque.

—¿Quién sois? preguntó á Marat.

—Soy Juan Pablo Marat, contestó éste. Una sonrisa desdenosa vagó en los labios de Dumouriez.

—Me habian dicho que erais feo; pero me engañaron..... sois horroroso.

Y despues de lanzar este apóstrofe á Marat, Dumouriez le volvió la espalda.

Marat salió furioso y se fué á quejar á los Jacobinos.

Dugazon, al entrar Marat, puso á calentar una paleta de fierro, y á su salida quemó azúcar en ella para purificar el aire, que habia envenenado aquella horrible serpiente que se llamaba el amigo del pueblo.

El 23 de Octubre, Dumouriez estaba ya de vuelta en Valenciennes, donde se encontró con Beurnonville y con el duque de Chartres; con Beurnonville, á quien debia vender al enemigo cinco meses mas tarde, y con el duque de Chartres, en cuya compañía debia emigrar.

Mucho habian cambiado las cosas en solo dos meses trascurridos desde la batalla de Valmy: nuestros valientes habian ya pasado la frontera y éramos dueños de la Saboya, de Niza y del Palatinado.

La República francesa, al mismo tiempo, lo mismo que Hércules en su cuna, manifestaba con actos terribles su futuro poder: condenaba á muerte á los emigrados que se hallasen con las armas en la mano, abolia la cruz de San Luis, rompía á la faz del mundo la corona y el cetro real, y comenzaba á instruir el proceso de Luis XVI.

La Francia estaba unida, y por eso era fuerte: la Europa dividida, y por eso era débil.

Vencido en Valmy el rey de Prusia, íbamos á combatir en Jemmapes contra el emperador de Austria.

Despues de uno ó dos encuentros de poca importancia, el ejército francés se aprontó el 5 en la noche para un ataque general, y vivaqueó ante el campamento austriaco, defendido por las alturas que rodean la pequeña ciudad de Mons.

Algo de raro tenia nuestro ejército; ejército de cien mil hombres si no le hubiese desmembrado Dumouriez, alejando las dos divisiones de La Bourdonnais y de Valence.

A Valence se le encargó el cuidar la Meuse, y evitar que los austriacos se procurasen socorros. Valence era orleanista, naturalmente, como yerno de madama de Genlis, y como á tal le habia destinado Dumouriez á un puesto tan glorioso.

so. La Bourdonnais, al contrario, se le destinó al Norte porque era jacobino, y se le deseaba alejar de la victoria por todos los gefes del ejército republicano, que empezando por Dumouriez, eran absolutamente realistas. Dillon, Custine, Valence, pertenecian todos á la corte: así es, que lo mismo en Valmy que en Jemmapes, no fueron los generales, no, los que vencieron; fué el ejército, el ejército solo. Ejército sin pan ni aguardiente, sin zapatos ni vestidos: ejército que el dia de la batalla, á las 12, aun no recibia su rancho, y se preparaba á batirse en ayunas, despues de una noche heladísima pasada en cenagosos pantanos. Pero el ángel de la libertad estaba con él: tenia un *Credo* maravilloso que se llamaba *la Marsellesa*, y ademas, la conciencia de que defendia sus derechos, le daba fuerzas sobrenaturales.

Los elegantes emigrados y los antiguos severos generales austriacos, embebidos en las tradiciones del príncipe Eugenio, y de Montecuculli, no dejarian de reirse á carcajadas y de burlarse de un ejército en que, como el batallon de Loiret, habia cuerpos de voluntarios sin uniformes, que se aprestaban al combate con sus blusas y sus gorras; pero la victoria, mujer al fin, y como mujer caprichosa y coqueta, se enamoró y cubrió con sus alas á tan estraños soldados.

CAPÍTULO XIII.

YA hemos dicho que el 5 en la noche se hallaron los dos ejércitos frente á frente: entonces fué cuando nuestros soldados pudieron contemplar en toda su magestad la excelente posicion del enemigo.

Los imperiales habian ido retirándose poco á poco, para llevarnos hasta Jemmapes: nosotros les seguimos.

Nos encontramos en la pradera, ó mejor dicho, en los pantanos, sobre los que se elevan los dos pueblecitos de Jemmapes y de Cuesmes: ambos pueblos estaban perfectamente fortificados, y circuidos de almenas, y ademas resguardados por altísimos fuertes, y por una eminente planicie ocupada por 19.000 hombres y 60 cañones. Los austriacos tenian ademas, detras de sí, la ciudad fuerte de Mons, que les proveia de todos los víveres de boca y guerra que necesitaban.

Al enemigo le sobraba todo: á nosotros todo nos faltaba. Nos encontrábamos al revés que en Valmy.

Era tan triste nuestro aspecto, á pesar de que contábamos con una tercera parte mas de fuerzas que el ejército austriaco, que al duque de Saxe Teschen, general en gefe de las armas imperiales, le pareció innecesario sacar de Mons cerca de 6,000 hombres que tenia allí de reserva, y guardaron una completa inaccion durante la jornada del 6.